

**Punto 3.º** *Justicia é inmutabilidad de las penas del Epulón.*—Estando el Epulón en el infierno, levantó los ojos, y vió á Lázaro en el seno de Abraham; y pidiendo á éste que se lo enviase para refrigerarle siquiera con una gota de agua, oyó esta respuesta: «Acuérdate que tú recibiste bienes en tu vida, y Lázaro males; y ahora muy justamente es él consolado y tú castigado; además, entre nosotros y vosotros hay un caos tan profundo, que no es posible pasar de una parte á otra». En cuyas palabras se ve primeramente la justicia de la suerte de uno y otro; porque el rico recibió bienes, y los aceptó y abrazó con sumo gusto, como premio de algunas buenas obras, y en castigo de las malas recibe ahora males y tormentos. Al contrario, Lázaro recibió en esta vida males y trabajos, abrazándolos con paciencia, y purgando con ellos las culpas en que había caído; y en premio de las buenas obras, ahora recibe grandes bienes y regalos. Coteja la suerte de estos dos hombres tan diferentes en vida y en muerte, y mira lo que escoges, porque no es posible en vida ser Epulón y en la muerte Lázaro. Reflexiona, en segundo lugar, sobre la inmutabilidad y eternidad de las penas del infierno y de la gloria del cielo, la cual se indica al decir que no hay paso de un lugar á otro; porque el decreto de Dios es irrevocable, y ni los bienaventurados jamás podrán temer la condenación, ni los condenados podrán jamás esperar la salvación, sino que dondequiera que caiga el árbol, allí quedará para siempre: ó para pudrirse con los condenados en el infierno, ó para florecer y fructificar perpetuamente con los santos en la gloria. ¡Oh Dios de tremenda Majestad! ¿Quién no temblará al ver el rigor y severidad con que castigáis á aquellos que, despreciando vuestras leyes, ponen su corazón en el mundo y en sus bienes perecederos, adorándolos como dioses? Y ¿quién no se alentará á sufrir y padecer por vuestro amor, al contemplar el premio inefable con que pagáis tales penas? ¡Oh cristiano! Piensa bien la suerte que escoges en esta vida, pues de ella depende la que te ha de caber en la otra. Si ahora llegase tu muerte, ¿estarías satisfecho de ti mismo? ¿Qué suerte te tocaría?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh fin desastroso y horrible del Epulón! Durante su vida nadaba en riquezas, sólo pensaba en regalar su cuerpo y en dar pábulo á su sensualidad con los vestidos, comidas y otros gustos. Su corazón duro le hacía apartar la vista del desgraciado mendigo; y con su mal ejemplo arrastraba á todos los de su casa á los vicios de que él adolecía. Llegó el momento fatal de la muerte, y en un abrir y cerrar de ojos se vió privado de todas sus delicias, separado de todos sus amigos, olvidado de sus admiradores, y echado de su casa por los mismos criados que le servían. En cambio, á los placeres sensuales suce-

<sup>1</sup> Luc., xvi, 25. — <sup>2</sup> II Thes., 1, 9. — <sup>3</sup> Eccles., xi, 3.

dieron llamas abrasadoras; á la abundancia de manjares y bebidas, hambre canina y sed rabiosa; al orgullo con que despreciaba á los demás, envidia devoradora; á la compañía numerosa y jovial de sus amigos, la más horrible soledad y triste desamparo. ¡Adónde conduce la sensualidad, el amor desordenado á los placeres, el orgullo y la soberbia! La sentencia y pena de este desventurado rico, ha sido justísima, y será irrevocable, lo mismo que la del pobre Lázaro. El mismo Jesús habló de él con tal desprecio y aborrecimiento, que ni su nombre quiso tomar en sus labios. ¡Ay de ti, si sigues el camino que él siguió! Un breve gozar te conducirá á un eterno penar. ¿Qué debes resolver y hacer, en vista de esto? ¿Cómo miras los gustos del mundo? ¿Cómo se halla tu corazón respecto de los bienes terrenos? ¡Cuántas veces tu amor desordenado te ha arrastrado á cometer la culpa! ¡Cuántas veces has mirado con emulación á los favorecidos con ellos, siendo así que eran más bien dignos de compasión que de envidia! Corrige ya tus afectos; ordénalos según las enseñanzas de Jesús; y para esto, mira los propósitos que debes hacer; ora con confianza, pidiendo las gracias necesarias para ti y para los demás.

#### 89.—CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús comiendo en casa de un fariseo, se presentó la Magdalena á pedirle perdón de sus pecados, lo cual excitó la murmuración del fariseo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús sentado á la mesa y á la Magdalena á sus pies, llorando.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la penitencia de la Magdalena.

**Punto 1.º** *Pecados y conversión de la Magdalena.*—Habiendo sido convidado<sup>1</sup> Jesús por un fariseo llamado Simón, una mujer de la ciudad, y pecadora, fué á buscarle, mientras estaba sentado á la mesa. Las calidades de esta pecadora y el llamarla con este nombre, dan á entender que sus pecados eran de sensualidad y muy arraigados y escandalosos, pues por tales pecados suele darse tal nombre á las mujeres. Pero el Evangelista no nombra la especie de estos pecados, porque, como dijo san Pablo<sup>2</sup>, ni aun su nombre debe tomarse en la boca. Mas diciendo san Lucas y san Marcos<sup>3</sup> que Cristo echó de esta misma mujer siete demonios, puede pensarse que no serían sólo estos los pecados que tenía, sino otros muchos, significados por el número de siete, y que los siete demonios que tientan de los siete pecados capitales morarían casi de asiento en ella. De lo cual has de sacar por una parte grande temor de tu flaqueza, escarmentando en la Magdalena, que por males pequeños vino á caer en gran-

<sup>1</sup> Luc., vii, 36. — <sup>2</sup> Ephes., v, 3. — <sup>3</sup> Luc., viii, 2; Marc., xvi, 9.

des pecados, lo cual puede suceder en tí; y por otra, grande confianza en la misericordia de Dios, en quien halló remedio esta pecadora, confiando que tú también lo hallarás, si, como imitaste á la que pecó, imitas á la que se arrepintió. Pondera la pronta obediencia de esta pecadora á la inspiración de Dios; porque, sintiéndose movida á dolor de sus pecados y á pedir perdón de ellos, por haber quizá oído algún sermón de Jesús, y saber la mansedumbre con que recibía á los pecadores, no aguardó, para presentarse á pedirle perdón, á que Jesús se recogiese á su posada donde solía estar, sino en sabiendo dónde comía, aunque era en casa ajena, y en convite, entre convidados, luego fué á buscarle; para que aprendas á no dilatar los buenos propósitos y á responder á las divinas inspiraciones, especialmente en materia de tu conversión, acordándote de lo que dice el Sabio: «No tardes en convertirte al Señor, ni lo diferas de día en día, porque de repente vendrá su ira, y en el día de la venganza te destruirá.» ¡Oh Padre celestial, sin cuyo favor ninguno viene á Jesucristo! Traedme á su servicio con cadenas de caridad, doliéndome de haber ofendido al que por tantos títulos merece ser amado; concededme una docilidad y obediencia tal á vuestra santa inspiración, que la ponga al momento en obra, sin temor á los respetos humanos ni á las afrentas que por ello me puedan venir. ¿Hemos imitado á la Magdalena pecadora? ¿Cómo hemos de seguir á la penitente?

**Punto 2.º** *Virtudes de la Magdalena en su conversión.*— Considera aquí las excelentes virtudes que acompañaron la conversión y penitencia de la Magdalena. Primeramente, tuvo grande fe y estima de la divinidad<sup>1</sup> y misericordia de Jesús, porque creyó que era Dios, cuyo es el perdonar los pecados, y creyó que sin hablarle palabra, la entendía y penetraba el corazón y sabía á lo que venía; otros venían á Cristo á pedir remedio de sus enfermedades corporales; sólo de ella se lee que viniese con el único fin de remediar las espirituales y alcanzar el perdón de sus pecados. Tuvo también heroica humildad, despreciando los respetos humanos y su propia honra, sabiendo lo que probablemente dirían los convidados al verla de aquella manera. No vino á Jesús, como Nicodemus, de noche<sup>2</sup>, sino en pleno día, entre las alegrías de un banquete; humillóse también delante del Señor, no atreviéndose á ponerse delante de Él, avergonzada de la multitud de pecados de que se reconocía culpable. Tuvo además un dolor interior intensísimo, junto con grandes afectos de oración y devoción, declarados por aquellas señales exteriores; porque regaba con lágrimas los pies de Cristo, llorando sus malos pasos, y suplicándole la lavase con su gracia; limpiábalos con sus cabellos, pidiéndole la limpiase de sus culpas; besábase los, pidiéndole

<sup>1</sup> Eccli., v, 8.—<sup>2</sup> Joan., vi, 66.—<sup>3</sup> Isai., xliii, 25.—<sup>4</sup> Joan., iii, 2.

la reconciliase consigo, y la diese beso de paz y perdón; ungiábase los, suplicándole la ungiere con sus virtudes, y sin hablar palabra, derramaba su corazón mucho más<sup>1</sup> que el unguento en la presencia de Cristo, manifestándole todas sus miserias con grande sentimiento y dolor de ellas. De este modo debieras tú presentarte delante de Cristo, orando, no tanto con palabras cuanto con obras y señales exteriores, nacidas del afecto del corazón. Tuvo, por fin, perfectísima penitencia exterior, convirtiendo en instrumentos de satisfacción aquellas cosas que lo habían sido del pecado; cumpliendo lo que después dijo el Apóstol<sup>2</sup>: «Como empleasteis vuestros cuerpos para servir á la inmundicia y maldad para vuestra perdición, así empleadlos ahora en servir á la justicia para vuestra santificación.» ¡Oh penitente fervorosa! ¡Oh poder de la divina inspiración! Tocadme, Señor, con tal eficacia, que todas mis entrañas se estremezcan y todas mis potencias y sentidos se ocupen en aplacaros, convirtiéndome á Vos<sup>3</sup> diez veces más que me aparté de Vos. ¿Imitamos nosotros las virtudes de la fe y de la humildad que con tanta perfección practica la Magdalena? ¿Ejercitamos, como ella, la penitencia interior y exterior?

**Punto 3.º** *Juicio temerario y murmuración del fariseo.*—

El fariseo que había convidado á Jesús, viendo lo que pasaba, decía entre sí: «Éste, si fuera profeta, supiera quién y cuál sea esta mujer que le toca, porque es pecadora». Aquí se han de ponderar dos gravísimos juicios temerarios de este fariseo: uno contra Cristo, y otro contra la Magdalena, y ambos nacían de su soberbia y presunción. Primeramente juzgó de Cristo que no conocía qué mujer era aquella, y, por consiguiente, que no era profeta; ó, si la conocía, que no era santo, pues se dejaba tocar de ella y mancharse con tal tocamiento; y en ambas cosas erraba, siguiendo el dictamen de los demás fariseos soberbios, que decían aquello de Isaías<sup>4</sup>: «Apártate de mí; no te llegues á mí, porque eres inmundo y sucio»; cuyo castigo añade el Profeta, diciendo: «Que serán humo y cebo del fuego eterno», pagando su error con el humo, y su soberbia con el fuego. De la Magdalena juzgó que, habiendo sido pecadora, todavía lo era, teniendo indicios bastantes para pensar que ya no lo era, pues así lloraba á los pies de Jesús; por donde echarás de ver cuán errados son los juicios de los hombres, que se abalanzan á juzgar los corazones y las intenciones que están reservadas á sólo Dios, y del bien sacan mal; pues de donde habían de sacar compasión y edificación, toman motivo para despreciar al prójimo. Pero, pondera especialmente en la persona de este fariseo á algunos tan pertinaces en sus primeras aprensiones, que, enmar-

<sup>1</sup> I Reg., i, 3; Psalm. xxxi, 5.—<sup>2</sup> Rom., vi, 19.—<sup>3</sup> Baruch., iv, 28.

<sup>4</sup> Isai., lxxv, 5.

cando á otro por malo, nunca se quieren persuadir que es bueno, y siempre se recelan de él; y aunque vean señales de su mudanza, no las dan crédito, de suerte que con mayor dificultad mudan ellos su juicio, que el otro la mala vida; y si son superiores, son ocasión de desesperación á los súbditos, porque no creen su penitencia como creyeron su culpa; en lo cual injurian á Dios, cuya propiedad es olvidarse de los pecados<sup>1</sup> en haciendo el hombre penitencia de ellos, y honrar al que pecó y se enmendó. ¡Oh buen Jesús, Profeta santo! Librad á mi alma de tal soberbia, que quiera juzgar atrevidamente de aquello que Vos habéis reservado á vuestra sabiduría infinita. Concededme tal simplicidad en mis juicios, que, atento á mí mismo, no quiera jamás juzgar á los otros. ¿Somos nosotros fáciles en juzgar temerariamente de nuestros prójimos? ¿Nos dejamos llevar de las primeras aprensiones?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué confusión, y cuánto aliento ha de despertar en nosotros el maravilloso ejemplo de la conversión de la Magdalena! Ella había, sin duda, ofendido á Dios; mas, tal vez nosotros la hemos excedido en las culpas, ya en el número, ya en la malicia; y ¡cuán distinta es su penitencia de la nuestra! Al punto que siente en su corazón la voz de su Amado que la llama á penitencia, sin demora, al instante le busca, sin esperar á que se recogiese á su posada ó á que fuera de noche, como lo hizo Nicodemus. No importa que la maledicencia se ensañe contra ella; no importa que su honra sufra menoscabo; no importa que Jesús esté en un convite en medio de los maliciosos fariseos; ella se presenta, se arroja á sus pies, los riega con lágrimas de sus ojos y enjúgalos con los cabellos; dando á conocer en su postura humilde y modesta y en su aspecto confuso y vergonzoso, el dolor interior que destroza su alma. ¡Qué fe tan viva en la divinidad del Señor! ¡Qué humildad tan profunda! ¡Qué dolor y arrepentimiento tan intensos! ¡Qué penitencia y mortificación exterior tan prudente y eficaz para el fin que se propone! ¡Cómo la guía el mismo espíritu del Señor! Y tú, ¿por qué no imitas á esta feliz pecadora? Si la imitaste en los pecados, ¿por qué no la sigues en la penitencia? ¿Temes, acaso, las murmuraciones de los hombres? También de ella murmuraron; pero el mismo Jesucristo la defendió, y lo mismo hará contigo. Mira, pues, el modelo que debes seguir. ¿Qué le pides al Señor? ¿Rehusas el humillarte en su divina presencia? ¿Vacilas por la muchedumbre y gravedad de tus culpas? ¿Te detienen los respetos humanos? Aliéntate; aviva tu fe y confianza, y, renovando y confirmando tus resoluciones, arrójate, como la Magdalena, á los pies de Jesús, y pídele por tí y por el mundo entero.

<sup>1</sup> Ezech., xviii, 22.

## 90.—JESÚS DEFIENDE Y PERDONA Á LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.º Viendo Jesús los juicios del fariseo contra la Magdalena, salió á su defensa con una parábola, y despidióla en paz.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús hablando con el fariseo.

PRELUDIO 3.º Pide agradecimiento al Señor por las deudas que te ha condonado.

**Punto 1.º** *Jesús, por medio de una parábola, corrige al fariseo.*—Considera aquí la sabiduría y justicia de Cristo, por las cuales conoció claramente los pensamientos del fariseo y los de la Magdalena, aprobando los de ésta, y condenando los de aquél. Mira luego la caridad con que procedió en la corrección del fariseo, porque, teniendo respeto á que le había convidado y se hallaba en su casa, primero le pidió permiso para hablarle, y, obtenido, lo hizo no con claridad, sino preparándole por medio de una expresiva parábola<sup>1</sup>. ¡Oh, si supieras imitar estas admirables virtudes del Señor! ¡Cuánto más eficaces serían tus correcciones, sobre todo cuando te diriges á letrados ó amigos! La parábola que adujo el Señor es la de un acreedor que tenía dos deudores; de los cuales uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta, y que no pudiendo pagarle, á ambos condonó la deuda, con lo cual quedan obligados á amarle á proporción de la cantidad perdonada. El acreedor es Dios nuestro Señor; el cual, no cesando de hacer beneficios á los hombres, no recibe de ellos otra cosa que ofensas. Los deudores somos todos los hombres, debiendo los unos cincuenta, porque con los cinco sentidos hemos quebrantado los diez mandamientos, y los otros quinientos por haber pecado más veces, atropellando los preceptos de la Iglesia y de su estado, y los de la ley evangélica, que es ley de perfección, significada por el número de ciento. Pero los hombres, por más que hagan, no pueden pagar esta deuda, porque es infinita, y todos sus méritos son muy limitados; por lo cual Dios nuestro Señor, con gran bondad y generosidad, se la perdona. Y aunque todos debieran corresponderle con un amor infinito y proporcionado al bien que les hace, desgraciadamente no es así; sino que algunos, no conociendo la enormidad de su deuda, como los soberbios fariseos, le aman poco; otros, empero, teniendo muy grande conocimiento de ella, como la Magdalena, le aman mucho. Y tú, ¿cómo amas á este Señor, que tales favores te hace? ¿Reconoces la deuda que tenías contraída y que con tanta largueza está dispuesto á perdonarte? ¡Oh Dios generosísimo y misericordiosísimo! Con todo mi corazón deseo amaros; pues, en lugar de castigarme porque os ofendí, queréis perdonarme para que os ame. Reconozco ser muchos y muy graves mis pecados, y por ellos deseo volveros muchos y muy grandes servicios.

<sup>1</sup> Luc., viii, 41.

**Punto 2.º** *Jesús defiende á la Magdalena.*— Considera cómo Jesús aplicó la parábola á la mujer que se tenía por grande pecadora, y al fariseo que se tenía por justo y menos pecador, porque, señalando á la mujer, dijo á Simón <sup>1</sup>: «¿Ves á esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para los pies; y ésta los lavó, no con agua, sino con lágrimas, y los limpió, no con toalla, sino con sus cabellos; no me diste beso de paz, y ésta no ha cesado de besar mis pies; no ungió con óleo mi cabeza, y ésta ungió mis pies con precioso unguento. Por tanto, te digo que le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho, y al que menos se le perdona, menos ama». Que fué decir: Esta mujer siente de sí que debe mucho, y así espera de Mí mayor beneficio en que la perdone. Y por eso me amó mucho, como se ha visto por las obras, y yo la he perdonado muchos pecados, porque con este amor se ha dispuesto para el perdón de ellos; pero tú piensas que debes poco, y así esperas pequeño beneficio en que te perdone, y, por consiguiente, también amas poco. Mira cómo el Señor, con el ejemplo de los grandes pecadores convertidos, suele confundir á los que presumen de justos, y así nos aconseja que los miremos y consideremos despacio, diciendo: *Vides hanc mulierem?* ¿Ves á esta mujer? ¿Ves sus lágrimas, suspiros, penitencias, su humillación y confusión? ¿Ves las invenciones que halla para aplacar á Dios? Considéralo bien, y confúndete de lo poco que tú haces para que Dios te perdone, y sabe que muchos publicanos y pecadores <sup>2</sup> precederán á muchos que presumen de justos en el reino de los cielos. Reflexiona igualmente cómo un gran pecador, con un acto fervoroso, suele subir á más excelente caridad y santidad que un justo tibio con muchos actos y en muchos años, como la Magdalena en este caso. Y saca de todo esto cuán generoso modo de alcanzar el perdón es amar mucho á Dios, porque el amor dispone para el perdón de los pecados, anda con él y con él crece y se aumenta, viéndose el hombre obligado á amar á quien así le perdona <sup>3</sup>. ¡Oh Redentor mío! Confuso estoy en presencia de esta penitente tan fervorosa, viendo mi extremada tibieza. Lavad, Señor, las manchas de esta hija de Sión, mi pobre alma, con espíritu de juicio y con espíritu de ardor, dándome espíritu de justicia y fuego de caridad, para que os ame mucho, pues me habéis perdonado mucho. ¿No nos confunde el ejemplo de la Magdalena, que Jesús nos invita á contemplar? Superiores á los suyos en número y gravedad habrán sido tal vez los pecados que Jesús nos ha perdonado; ¿por qué no le tenemos siquiera tanto amor como ella?

**Punto 3.º** *Jesús despide á la Magdalena ya perdonada.*— Vuelto Jesús á la Magdalena, la dijo <sup>4</sup>: «Perdonados te son tus pecados»; y aunque se turbaron los circunstantes oyendo esta

<sup>1</sup> Luc., vii, 44. — <sup>2</sup> Matth., xxi, 31. — <sup>3</sup> Isai., iv, 4. — <sup>4</sup> Luc., vii, 48.

palabra, Jesús no hizo caso, y continuó diciéndola: «Tu fe te ha hecho salva; vete en paz». Pondera en este suceso la eficacia de la palabra del Salvador: «Perdonados te son tus pecados», con la cual absolvió á la Magdalena de culpa y de pena, y la comunicó muy copiosa gracia, regocijándose ella grandemente al oirla. Y tú también debes regocijarte no menos, pues por medio de los confesores, cuando te absuelven, te dice la misma palabra, la cual tendrá la misma eficacia, si tienes las disposiciones que ella tenía. Observa cuán grande fué la modestia de Cristo en este caso; pues, viendo que los fariseos se admiraban de la palabra que había dicho, perdonando los pecados, sin responder como en otra ocasión hizo, prefirió atribuir este perdón, más que á su omnipotencia y generosidad, á la fe de la pecadora, diciéndole: «Tu fe te ha hecho salva»; esto es: la fe viva que has tenido de mi divinidad y potestad, y la confianza amorosa que has tenido de mi misericordia, han sido causa de tu salud. Finalmente: puedes ponderar cuán asida estaba la Magdalena á los pies de Cristo, pues con haber alcanzado el perdón que pretendía, no se quería apartar de allí, hasta que la dijo el Señor: «Vete en paz», pues ya estás pacificada con Dios y dentro de tí con la plenaria indulgencia de tus pecados, y con la cumplida victoria de tus pasiones sensuales, porque todo esto se puede presumir que concedió la misericordia del Señor á la que tanto amó. Quizá por esto no la dijo lo que decía á otros pecadores <sup>1</sup>, no quieras más pecar, como quien conocía la gran firmeza que en esto tenía, por la mucha gracia y amor que la había dado. ¡Oh, dichosos los que se llegan con humildad y caridad á los pies de Cristo, pues tan bien despachados se levantan de ellos! ¡Oh amantísimo Jesús! Decid á mi alma: Tus pecados te son perdonados, vete en paz: suene en mis oídos <sup>2</sup> vuestra dulce voz, y alegrarse ha mi corazón, y gustoso os sacrificará hostia de alabanza y holocausto de amor, alabando y bendiciendo vuestro nombre por siempre. ¡Oh alma mía! Llégate á los pies de Cristo con gran confianza, abrázalos con amor, y sigue sus pisadas, y no te apartes jamás de ellos. ¿Qué debes resolver para practicar esto?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh Bondad infinita de Jesús! ¡Cuán digna sois de toda alabanza! Apenas el Señor ve el corazón del fariseo que juzgaba dura é injustamente de Él y de la Magdalena, olvidado de volver por su propia honra, sólo piensa en dejar á salvo la de aquella pecadora arrepentida. Pero, ¡de qué prudencia usa para avisar al que le ha invitado! ¡Le pide permiso! ¡Dios, á un hombre miserable! Se insinúa indirectamente por medio de una parábola, y con tal destreza la presenta, que el mismo fariseo corrige su juicio y se ve obligado á confesar que mayor es el amor que tiene á Dios aquella mujer á quien

<sup>1</sup> Joan., v, 14. — <sup>2</sup> Cant., ii, 14.

en su corazón había ya condenado, que el que le profesa él mismo. ¡Oh sabiduría, prudencia y caridad de Jesucristo! Corregidnos, Señor, de esta manera, para que, humillando nuestra soberbia, nos confesemos viles y despreciables á vuestros ojos. Pero no apartemos los ojos de esta mujer, porque así nos lo recomienda el Señor. Ella debía mucho, sí; pero el conocimiento claro de la bondad y grandeza de su Dios le hacía profundizar de tal modo en estas mismas deudas, que, viéndose por una parte cargada de ellas, y por otra rodeada de la misericordia del Señor que la perdonaba, su corazón era un incendio de caridad. ¡Cuán dulcemente resonarían en sus oídos las tiernas palabras de Jesucristo: Perdonados son tus pecados; vete en paz! ¡Qué gratitud tan eterna profesaría á su divino Maestro! ¿Hemos nosotros contraído muchas deudas con Dios? ¿Tenemos conocimiento de ellas? ¿Deseamos que se nos perdonen? ¿Qué debemos practicar para ello? Miremos á la Magdalena, y propongamos imitar los hermosos ejemplos que nos da, con los cuales, sin duda, alcanzaremos la dicha que ella alcanzó. Para esto pidamos gracia, y no nos olvidemos de rogar por las demás necesidades.

#### 91.—JESÚS HABLA CON LA SAMARITANA.

PRELUDIO 1.º Para convertir á una mujer samaritana, sentóse Jesús junto á un pozo, y entabló con ella conversacion hasta lograr convertirla.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús sentado, hablando con esta mujer.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar el celo de Jesús.

**Punto 1.º** *Celo incansable é ingenioso de Cristo.*—Caminando Jesucristo desde la Judea á Galilea por Samaria, fatigado del camino, sentóse junto á un pozo á eso de mediodía, y entonces llegó una mujer con un cántaro, que venía por agua<sup>1</sup>. En lo cual debes ponderar los trabajos y cansancios de Jesús en sus caminos y peregrinaciones por el bien de las almas, yendo á pie y sin alivio, con soles de mediodía y jornadas largas. ¡Cuán caro le cuesta á este buen Pastor buscar las ovejas perdidas, trabajando por una como por muchas! ¡Qué de veces sudaba en los caminos, forzándole el cansancio del cuerpo á sentarse para tomar algún alivio! Mas en esta ocasión se sentó junto al pozo, no tanto para descanso de su cuerpo, aunque se hallaba muy fatigado, cuanto para cazar un alma que tenía para sí escogida, porque nunca perdía ocasión de hacer bien á ellas. Así debieras portarte tú, aprovechando para bien de las almas todas las ocasiones que te proporciona tu estado, y que las obligaciones del mismo te deparan. Pero, mira acerca de este hecho cuán maravillosos son los secretos de Dios en la conversión de los pecadores.

<sup>1</sup> Joan., iv, 5.

poniéndoles ocasiones para ello cuando menos piensan. Era la samaritana una mujer pecadora y carnal, que con haber tenido cinco maridos ó varones, ahora estaba amancebada con otro. Y aun san Crisóstomo y otros Doctores dicen que todas cinco veces estuvo amancebada, y que los cinco varones no fueron legítimos. Siendo, pues, tal esta mujer, y viniendo por agua, bien descuidada de su salvación, allí topó con Cristo, que le hizo extraordinarios favores con admirable eficacia y suavidad, acomodándose á la calidad y condiciones de la persona con quien trataba. ¿Ves, alma fiel, el cuidado tan amoroso que tiene Jesús de los pecadores? ¿Imitas su encendido é incansable celo por la salvación de tus prójimos? ¡Oh Sabiduría encarnada! ¡Cuán admirable y amorosa es la providencia con que salís al camino á los que yerran! Los que no os buscan os hallan; y á los que por Vos no preguntan, decís: «Aquí estoy». Si la Magdalena fué á buscaros<sup>2</sup>, Vos se lo inspirásteis; y si la samaritana os halla, es porque Vos la fuisteis á buscar. Inspiradme, Señor, que os busque; y buscadme para que os halle.

**Punto 2.º** *Cortedad del hombre con Dios y largueza de Dios con el hombre.*—Considera cómo, habiendo pedido Jesús agua á la samaritana, ésta le respondió: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides agua, siendo así que vosotros los judíos no comunicáis con los samaritanos?» Mira cuán grande es la cortedad del hombre con Dios. Así como esta mujer no sólo negó á Cristo el agua, sino que aun le reprendió porque se la pedía y hablaba con ella, así el hombre suele negar á Dios lo que le pide, ora sea por secretas inspiraciones, ora por su santa ley ó por los superiores, ó por los pobres que le piden limosna, y nunca le faltan excusas y achaques para no dárselo; y á veces disimuladamente le reprende, quejándose de que le pida cosas graves y muchas, y aun tiene por pecado el mismo hablar y tratar con Dios. Todo lo cual procede de que no conoce, como la samaritana, quién es este gran Dios que se lo pide, ni tiene de Él la estima que fuera razón, por tener la fe muy amortecida. Pondera en cambio la infinita largueza de Dios con el hombre, que se descubre en la contestación del Salvador á la samaritana, diciéndola: «Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, tú quizá se lo pedirías, y Él te daría una agua viva». Porque Dios nuestro Señor, en lugar de vengarse del hombre, que rehusa darle lo que le pide, como quería hacer David con Nabal<sup>3</sup>, porque le negó lo que le pedía, de nuevo le convida á que le pida los bienes que le faltan, y desea que conozca quién es Dios, y cuán grandes son sus dones para que tenga ganas de pedirlos. Y aún pasa más adelante su generosidad; porque por una parte dice que, conociendo el hombre sus dones, *forsitan*, tal vez se los

<sup>1</sup> Isai., lxxv, 1. — <sup>2</sup> Luc., vii, 37. — <sup>3</sup> I Reg., xxv, 22.

pedirá, siendo, como es, libre para ello; mas, por otra parte asegura que, en pidiéndoselos, sin ninguna duda los alcanzará. Es dudoso que el hombre quiera pedirlos; pero no lo es que Dios los dé al que los pida. ¡Oh Salvador mio! Esclareced mi alma para que conozca el don de Dios, y movedme con eficacia á que le pida de modo que lo alcance. Si Vos tenéis sed de mi salvación, yo deseo vivamente saciaros, porque quiero con todas veras salvar mi alma. Decidme lo que queréis; pedidme cuanto deseéis, que no es justo, dándoos todo á mí, os niegue yo cosa alguna. ¡Oh alma! ¿Has visto la generosidad de Jesús contigo? ¿Ves cómo nada te niega? Y tú, ¿desechas sus inspiraciones y súplicas?

**Punto 3.º Propiedades de la divina gracia.**—Considera cómo pensando la Samaritana que Jesús le hablaba del agua del pozo, le objetó: «No tienes con qué sacarla, y el pozo está hondo: ¿cómo me darás agua viva?» En cuyas palabras se ve palpablemente la propiedad del hombre animal de que nos habla san Pablo <sup>1</sup>, que mientras es muy diligente para todo lo que concierne al cuidado y gustos del cuerpo, no percibe ni comprende las cosas de Dios, ni piensa que haya otra agua viva que la que mana de las fuentes que ve al ojo. Tal vez tú has merecido con tu porte ser comprendido en esta clase tan degradada. Pondera en la respuesta del Señor declaradas las propiedades de la divina gracia; porque dice que el agua que Él dará quita la sed para siempre, formándose en el que la recibe una fuente de agua viva, que saltará hasta la vida eterna. El agua de la divina gracia quita primeramente la sed de tal modo, que el alma queda perpetuamente satisfecha, porque, como es agua viva, no se consume como el agua material en el que la bebe, sino que permanece siempre mientras no se arroja voluntariamente. Ella harta de tal modo al alma, que quita al propio tiempo la sed de los bienes materiales, cumpliéndose lo que dijo Cristo <sup>2</sup>: «El que cree en Mí, no tendrá más sed; esto es, no tendrá sed ni apetito de cosa contraria á Mí, porque conmigo estará hartó y satisfecho. Esta agua viva es además como fuente que siempre mana, porque ella va creciendo y aumentando por los actos virtuosos á que inclina la misma gracia y el Espíritu Santo <sup>3</sup>, que mora en el alma que la posee. Ella sale y crece, saltando y bullendo dentro del alma, inclinando con ímpetu á las cosas celestiales con grande alegría, presteza y prontitud; porque ni consiente ser detenida por las cosas terrenas, ni soporta dilaciones ni tardanzas, ni admite repugnancias y tedios, sino que hace saltar hasta su fuente, que es Dios. Por fin, ella salta hasta la vida eterna, porque es prenda ó arras de la gloria eterna, como dice san Pablo <sup>4</sup>. ¡Dichoso tú si tienes la suerte de beber con abundancia de esta agua en los Santos Sacramentos! ¡Oh Señor de cielos y tierra! Dadme esta agua [viva, para que

<sup>1</sup> 1 Cor., II, 4. — <sup>2</sup> Joan., VI, 35. — <sup>3</sup> Joan., VII, 38. — <sup>4</sup> Ephes., I, 4; 1 Cor., XIII, 8.

nunca tenga sed de otra cosa, ni me ocupe con ansia en buscar el agua de los bienes corporales y corruptibles, pues me bastan los espirituales y eternos. ¡Oh dulce Jesús, fuente de agua viva! Poned dentro de mi alma esta divina fuente, de modo que siempre bulla, crezca y salte hasta la vida eterna.

**Epílogo y coloquios.**—¡Cuán ardiente, fervoroso é incansable es el celo de Jesús por la salvación de las almas! Cansancios, fatigas, viajes largos, calores intensos: todo lo soporta y tolera para esto. Él las sale al encuentro, y cuando más descuidadas están, se les presenta para salvarlas. Nadie acaso merecía menos que la Samaritana la gracia del Señor. Esclava de sus pasiones, no sabía negarles cuanto le pedían, aunque fuese con escándalo del mundo; y, á pesar de todo, en ella fija Cristo sus ojos, la tiende amoroso lazo y persevera en su intento hasta que logra extinguir en su corazón el amor al mundo y entronizar en lugar suyo la caridad de Dios. ¡Oh amor inmenso y generoso de Dios para con los hombres! ¡Oh cortedad y miseria de los hombres para con Dios! Éstos niegan al Señor lo que les pide, y aun á veces le insultan porque les pide; Él les ofrece sus riquísimos dones sin pedírselos. Ellos le niegan un vaso de agua, una acción transitoria, la sumisión á su ley; Él en cambio quiere darles el agua viva de su gracia, don soberano que radicalmente quita la sed de bienes temporales, que permanece constantemente dentro del alma si el hombre no la rechaza, y que, inclinándole siempre con alegría á las cosas celestiales, le da una prenda segura de su salvación. ¿Cómo, en vista de esto, no amaremos la bondad infinita del Señor? ¿Nos atreveremos á negarle lo que nos pida? Pues, ¿qué desea de ti Jesús? ¿Qué propósitos te ha inspirado, y cuándo los debes cumplir? No uses con Jesús de la mezquindad que no tendrías con una vil criatura. Sé generoso con un Señor que tanto se distingue en este atributo. Para esto resuelve, ora, suplica y ruega por tí y por todos los que se han encomendado á tus oraciones.

## 92.—CONVERSIÓN DE LA SAMARITANA.

PRELUDIO 1.º Iluminada por la gracia de Cristo, la samaritana confesó sus pecados, se arrepintió, y fué á invitar á los suyos á que viniesen á escuchar á Jesucristo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús hablando con la samaritana.

PRELUDIO 3.º Pide docilidad á las enseñanzas y correcciones del Señor y de sus ministros.

**Punto 1.º Modo admirable con que Jesús convirtió á la samaritana.**—Considera la destreza con que Jesús fué disponiendo á la samaritana para recibir la divina gracia, porque primeramente le descubrió el secreto de su vida licenciosa, manifestándole que sabía bien todos sus pecados, y que, aunque ella